

CONEJO BLANCO

(INEDITO)

VICTOR CACERES LARA
Embajador de Honduras
ante la ONU.

—Sargento Gómez... ¡Llámesese a **Conejo Blanco!**

La orden tajante en el tono aunque suave en la forma recorrió como un escalofrío varios grupos de hombres armados que se calentaban en cuclillas frente a bien encendidos fogones de ocote. En éstos, el viento silbante de las serranías realizaba singulares dibujos de llamas con sus dedos invisibles.

La línea de luminarias que se extendía a todo lo largo del filo de la cordillera fue repitiendo por las gargantas de los hombres que en ellas se refugiaban de las inclemencias de la noche a la intemperie:

—¡**Conejo Blanco!**... ¡**Conejo Blanco!**... ¡**Conejo Blancooooo!**

Pasados pocos minutos los fogones cercanos al campamento principal destacaron la figura de un hombre como de dos metros de altura, casi albino, un "hijo del sol", como a los tales les dice nuestro pueblo. Vestía un pantalón de **caquí** con tirantes y una camisa de la misma tela, completando su indumentaria unos zapatos **tennis** que hacían imperceptibles sus pasos y un sombrero de paja de alas rectas y rígidas, de los llamados "galletas". Al lado derecho de la cintura, dentro de una vaina reluciente que pendía del cinturón, el **corvo** mostraba su cachacha.

Viéndolo sin prejuicios, uno lo imaginaba bonachón, amable y servicial. Reía a carcajadas mientras hablaba con aire destemplado, y al hacerlo, lucía con integridad satisfecha los 16 dientes de oro de su mandíbula superior. Tenía bigote **chelo** y pelo también blanquizco y sus dedos largos como clavijas lucían mechones **canches** en todos los nudillos.

Caminaba ligeramente doblado debido a su respetable estatura. Sus pasos casi no se percibían sobre el colchón de grama y zacate secos que formaba el piso muelle de aquel lomo de serranía en el que los soldados ocupaban posiciones en una de las tantas jornadas de persecución de enemigos armados del gobierno de la República.

—¡sus órdenes, mi Coronel!...

El gigantón blanquizco, con risa semi-estúpida de diez y seis dientes de oro en la placa de arriba, se había cuadrado delante de su jefe, el Coronel Márquez.

El Coronel era un hombre casi cuadrado, con cara de las llamadas de "nalgas de india", con pelaje autóctono, dueño de pocas palabras, y de mirada imperativa y dominante.

Los que veían la escena quizás pudieron haberse reído un poco del contraste si hubieran estado con deseos de exponerse a riesgos. Porque en efecto divertía un tanto ver a **Conejo Blanco**, hombrachón de dos metros de talla, cuadrado ante aquel indígena **requeneto** que apenas mediría un metro cincuenta por cada uno de sus lados.

Pero Márquez era el jefe, **Conejo Blanco**, el subalterno, y se acabó el cuento. El gigantón sabía que tenía que saludar con respeto y rendir honores al rango de su

superior, y éste, desde la altura de su mando, veía las cosas como debían verse. El era el jefe y nada más que el jefe. Al fin y al cabo, sin ser más alto, estaba a mayor altura que su subordinado.

—¡**Conejo Blanco!**— le dijo el jefe con voz resuelta: **Confiesa a este jodido!**... Tras el mandato seco, el interpelado dirigió la vista hacia donde había señalado el dedo regordete e imperativo del Coronel Márquez.

Allí frente al fogón, con las manos amarradas tras la espalda, estaba de pie un pobre **paisano** de mirada de piedra, impávido a pesar de haber estado oyendo durante varios minutos las amenazas del Coronel, que trataba de sonsacarle información:

—¿Quién te mandó a **vigiarlos?**—le decía. ¿Quién es el jefe que tenés? ¿Cuántos hombres andan llevando? ¿Qué es lo que se proponen con esta guerra tonta?

El rebelde o supuesto rebelde permanecía silencioso e impasible. No se movía ni una sola línea de su cara ni hacía la menor indicación de que estaba oyendo los gritos estridentes del Coronel.

Este fue perdiendo gradualmente los estribos. Primero le dio con el puño cerrado en la cara; después lo golpeó con la vaqueta que le prestó un soldado que estaba en las proximidades; luego le dejó caer "la de toro" en las espaldas cubiertas de **rijiles**. El indio permanecía impasible y sólo daba señal de vida al ver hacia una lejanía que tanto podría estar sumamente remota como demasiado próxima.

—¡Ah, hijo'e la gran puta!... Ya verás quién sale ganando!—dijo el Coronel con la boca llena de espuma.

Y fue entonces cuando inflando los cachetes renegridos, gritó estridentemente:

—Sargento Gómez... ¡Llámesese a **Conejo Blanco!**

Conejo Blanco estaba allí—dominante desde su altura de dos metros— y ahora sí, el indio temblaba como si un frío glacial le estuviera traspasando las carnes y lacerándole las piernas resistentes.

El gigante **jipato** avanzaba hacia él con el **corvo** en la mano derecha; con los ojos como extraviados de placer diabólico, con un paso picado y corto que acompañaba con golpes de carcajada fría y cortante de 16 dientes de oro en la mandíbula superior. **Conejo Blanco** llegó hasta él y lo tomó del cabello, blanda y suavemente con la mano izquierda, como si hubiera tratado de exhibir ternuras de mujer. Sus dedos como clavijas nudosas sobaron varias veces, como con afecto maternal, los pelos lacios y ásperos del indio, mientras éste quedaba paralizado, suspenso, como en oración.

De pronto, los dedos de la mano izquierda de **Conejo Blanco** llegaron a la coronilla con temblor vicioso y tiraron hacia atrás los pelos de la cabeza insensibilizada por el miedo y por la espera:

—Te voy a confesar!—le dijo con voz cavernosa.

Y tras de cuatro golpes secos y parsimoniosos de risa, dejó caer por el filo el **corvo** sobre la nuca del prisionero y se quedó con la cabeza ensangrentada en la

izquierda, casi en espasmo. Después la tirò muy lejos; limpiò la hoja de acero en las matas secas de zacate castigadas por la canícula, la deslizó con solemnidad en la vaina; se santiguò levantando los ojos en gesto místico, y realizando movimiento brusco, se cuadrò ante el jefe:

—¡Está servido, mi Coronel!

Las llamas de los fogones chisparroteaban cuando los dedos del viento querían convertirlas en relatoras del suceso. Por los cerros vecinos se oía como la fuga de una alma en pena.

La guerra —la estúpida guerra— llevaba ya varios meses. Se trataba de una guerra boba, llena de pequeñas escaramuzas, de alevoces emboscadas y de marchas y contramarchas por aquellas malditas montañas pobladas de problemas y de dificultades.

Unas veces era el hambre la que hincaba sus garras en las tropas perseguidoras de facciones por aquellas serranías que antes de ahora sólo las había recorrido Satanás. Otras veces eran las tremendas tempestades, las horribles rayerías y el castigo implacable del agua que caía del cielo lo que los acongojaba por semanas y hasta por meses y los hacía desear la muerte antes que aquella vida de fatigas. En ocasiones, y cuando menos se pensaba, surgía la emboscada, el ataque a machete, la pura **pelona** bailando su danza trágica.

Y era imposible dar caza a los rebeldes que mandaban jefes valerosos y, sobre todo, conocedores perfectos del terreno en que operaban. Sabían valerse muy bien de los perros para que éstos les avisaran la proximidad de sus perseguidores. Amarrados los canes a las orillas de las veredas, a distancias escalonadas, señalaban con una fila de ladridos el paso del ejército del gobierno y entonces los facciosos se escondían en la espesura, dejaban pasar a quienes los buscaban e iban a dar el golpe en donde menos se esperaba, aumentando así la cólera de los que defendían al régimen constituido y trataban de obedecer las órdenes terminantes de los altos personajes del régimen que blandamente vivían su vida holgada en Tegucigalpa y se divertían sentándose en las piernas a sus secretarías.

El hambre, la fatiga y las enfermedades diezaban a las numerosas columnas del gobierno, las cuales con harta frecuencia caían en trampas fatales en las que eran aniquiladas a machete, con flechas, con descargas de escopeta y hasta a puños garrotazos. La guerra continuaba así, sangrienta y terrible, acobardando hasta a los más valientes y decididos, haciendo perder el buen humor hasta a los más **chucanos**.

El hambre enseñaba sus cara amarillenta todos los días de Dios. Los hombres tenían que comer raíces, cabezas de plátano, mazorcas de maíz que ocasionalmente hallaban en alguna milpa raquílica, carne de animales que lograban matar después de afanosas búsquedas y de minuciosos atisbos.

Una noche el Coronel Márquez capturò a dos indias que se atrevieron a cruzar por uno de los senderos de la montaña áspera e intransitable.

Ellas afirmaron saber donde se hallaban dos **trojes** repletas de maíz que pertenecían a un campesino acomodado de un caserío próximo. Ambas dijeron ser amigas de las tropas del gobierno y estar deseosas de ayudarlas en la situación de hambre y de desamparo en que se hallaban, después de meses de correrías infructuosas

detrás de los rebeldes, a quienes unas veces se veían prácticamente frente a la **mira** de los fusiles y otras de súbito se esfumaban como si se los hubiera tragado la tierra o se hubieran perdido en el aire.

Las dos mujeres aseguraron al Coronel que las **trojes** se hallaban a unas dos leguas del campamento y que si disponía enviar una escolta, ellas podrían guiarla hasta el lugar exacto escondido en medio de las montañas.

Inmediatamente se organizò un destacamento bien armado y al mando de un capitán experimentado y valiente, y en él, luciendo su sombrero de paja, su pantalón de tirantes, su camisa de grueso **caqui** y su **corvo** de afilada hoja, amestrado en el **arte** de cortar cabezas rebeldes, iba **Conejo Blanco**, como siempre acompañando su marcha parsimoniosa con sonoros golpes de carcajada.

En medio de las expresiones de regocijo de los soldados hambrientos, las carcajadas de **Conejo Blanco** resonaban en la rústica y silvestre solemnidad del caserío perdido en la montaña:

—¡Muchachos, me hallé un **"gobernador"**! ¡Miren no más que gordo está el condenado! ¡Glú!... ¡Glú!... ¡Glú, Glú, Glú, Glú!

Y seguía con su característico estilo acariciante:

—¡Véngase, mi muchachito!... ¡Véngase, mi niño!... ¡Lo vamos a comer!... ¡Jodidote, lo vamos a comer! ¡Véngase con su papa! Já...já...já!

A duras penas pudo conseguir una olla, encendió fogón en una de las hornillas de uno de los ranchos y se entregò a la faena de desplumar, aliñar y cocinar el **"gobernador"** que le había deparado su buena suerte.

Se olvidaron de él sus acompañantes. Se olvidò él de sus compañeros y se entregò sólo a la faena en que se hallaba embebido, imaginando los más raros deleites cuando hincara sus dientes de oro en las suaves carnes del pavo apetitoso.

De pronto oyò unos disparos de rifle. Pensò que eran sus compañeros que le daban **gusto al dedo** en medio de la alegría que les había proporcionado la adquisición del botín y la ingestión de la **chicha**, y cuando escuchò gritos que se acercaban creyò que eran manifestaciones de regocijo de sus amigos al sentir los provocativos olores del ave que estaba cocinando...

Por eso cuando oyò que varios hombres penetraban en tropel en la cocina donde trabajaba afanoso ni siquiera alzò la cabeza para ver a quienes entraban con rumor de pies **chuñas** que se deslizaban sobre el piso de tierra. Sólo gritò a quienes llegaban:

—¡Vayan sentándose! ¡Já...Já...Já!... ¡Ya comerán carne 'e**"gobernador"**!

Cuando el grueso de las tropas del Coronel Márquez llegaron al caserío, sedientas de venganza, buscaron en todos los ranchos a quienes de manera tan hábil habían emboscado a la escolta y dado muerte a cada uno de sus integrantes, pero no encontraron a nadie. Un coro de ladridos que se perdía en verde perspectiva por la montaña era el único signo de vida.

En el interior de una cocina unos soldados vieron —no sin experimentar terror— un sombrero de paja despedazado... una masa sangrante picada a golpes de machete y una cabeza ensangrentada, separada del resto de su masa, en la que se notaba la ausencia de una muy conocida placa de 16 dientes de oro...